

Pluralidad y unidad de las ciencias sociales

Gilberto Giménez

Entrando en materia

EL DEBATE CONTEMPORÁNEO SOBRE EL ESTATUTO EPISTEMOLÓGICO de las ciencias sociales en Europa, particularmente en Francia, ha contribuido a clarificar como nunca antes la identidad de las mismas, así como también su ubicación diferencial en el cuadro de las ciencias en su conjunto. Este debate está siendo animado por dos figuras señeras en el ámbito de la nueva epistemología: Jean-Michel Berthelot (1990, 2000 y 2001), profesor de la Sorbona, quien desde hace unos quince años se ha dedicado a extraer con paciencia benedictina los “esquemas de inteligibilidad” contenidos en un vasto corpus de investigaciones consideradas “paradigmáticas” en el campo de las ciencias sociales; y Jean-Claude Passeron (1991, 1994 y 2002), antiguo colaborador de Pierre Bourdieu, quien a raíz de una serie de seminarios que dirigió en la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales, de París, entre 1988 y 1991 (Gérard-Varet y Passeron, 1995), y sobre todo a raíz de la publicación de su obra clave, *Le raisonnement sociologique*, figura como un interlocutor central en el debate al que nos estamos refiriendo.¹

Como resultado de este debate, los científicos sociales tenemos hoy en día más y mejores argumentos para reflexionar sobre nuestra identidad académica y profesional, así como también sobre la especificidad de nuestra tarea, lo cual constituye una buena noticia en un momento en que en nuestro país e incluso en nuestras universidades, las ciencias sociales tienden a ser devaluadas, no sólo en términos de apoyos presupuestales, sino también de validez científica.

¹ El debate en torno a las propuestas de Passeron fue recogido, en su época, por la revista *Le Débat*, editada por Gallimard. Véase particularmente AA. VV. (1994).

Planteamiento del problema

El debate en cuestión parte de un dato perturbador: la pluralización y fragmentación a ritmo galopante de las disciplinas sociales, sobre todo a partir de los años setenta. Esta pluralización se ha realizado en dos vías principales: la especialización y la “hibridación” o amalgama.

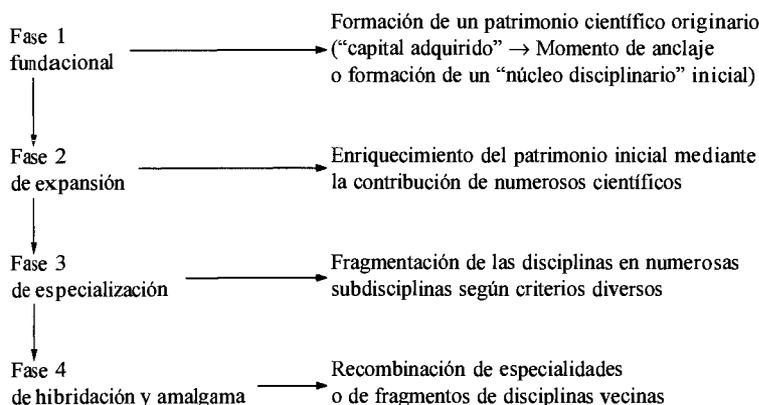
La especialización supone la segmentación del objeto de estudio de una disciplina según diferentes criterios: escala, instituciones específicas, hechos sociales particulares (v. g., sociología de la escuela, sociología del trabajo, sociología de las organizaciones, etc.). Por ejemplo, a partir de 1970 la sociología crece espectacularmente, pero este crecimiento viene acompañado de un proceso también espectacular de fragmentación a causa de la especialización. Por eso, la sociología aparece hoy como una disciplina heterogénea y centrífuga. Se pueden contar entre 30 y 40 sociologías sectoriales que apuntan hacia todas las direcciones. Y dentro de la Asociación Internacional de Sociología existen hoy 53 comités de investigación, entre ellos uno dedicado expresamente a definir qué es la sociología. En ciencias políticas y en ciencias de la comunicación, la especialización se puede apreciar por el número de revistas temáticamente especializadas que se presentan bajo estas dos rúbricas disciplinarias.

La hibridación o amalgama consiste en la fusión, recombinación o cruzamiento de especialidades o fragmentos de disciplinas vecinas. No abarca disciplinas completas, sino sólo sectores parciales de las mismas. No debe confundirse con “multidisciplinaridad” o “pluridisciplinaridad”, que evoca la mera convergencia de monodisciplinas en torno a un mismo objeto de estudio, siempre y cuando cada cual conserve celosamente sus presuntas fronteras. Según autores como Dogan y Phare (1991), la “pluridisciplinaridad” así entendida ha resultado más bien estéril para la investigación y las supuestas virtudes que les suele atribuir la academia son míticas. Estos mismos autores sostienen que, por lo menos en las dos últimas décadas, la mayor parte de las innovaciones en el campo de las ciencias sociales ha provenido, no de la “pluridisciplinaridad”, sino de la amalgama, esto es, de trabajos realizados por pequeños equipos de investigadores en las fronteras entre disciplinas, en sus intersticios, en los puntos de cruce entre especialidades.

En un trabajo más reciente, Dogan (2000) sostiene que si consideramos 12 de las disciplinas sociales más consolidadas y las cruzamos entre sí, obtendríamos 144 celdas. Pues bien, hoy en día las tres cuartas partes de esas celdas ya están ocupadas por especialidades híbridas que gozan de cierta autonomía.

Esquema 1

El "ciclo vital" de las disciplinas sociales



Fuente: elaborado por el autor con base en Dogan y Phare (1991).

Hay recombinaciones de segunda, de tercera y hasta de cuarta generación. Considérese, por ejemplo, los orígenes disciplinarios múltiples de la ciencia cognitiva, la investigación ambiental y la planificación urbana. Además, la configuración de los campos amalgamados varía constantemente: algunos se han estabilizado y han sido reconocidos incluso institucionalmente (v. g., psicología social, sociología política), pero otros no (v. g., psiquiatría social, antropología cognitiva).

La red de recombinaciones entre disciplinas y subdisciplinas ha sido tal, que parece haber borrado la vieja clasificación de las ciencias sociales. Además, las amalgamas demuestran la permeabilidad de las fronteras disciplinarias, ya que implican la circulación de conceptos y teorías de una disciplina a otra. Un ejemplo típico de disciplina totalmente amalgamada es la ciencia política, cuyo desarrollo y crecimiento ha sido una historia de continua selección de conceptos y metodologías tomados de otras disciplinas sociales. Lo mismo puede decirse de una disciplina como la ciencia de la comunicación que, debido a su posición de encrucijada entre todas las disciplinas sociales, ha recibido el impacto simultáneo o sucesivo de la mayor parte de los paradigmas y esquemas explicativos vigentes en otras disciplinas.

La cientificidad de las ciencias sociales en cuestión

Pero si bien la pluralización de las disciplinas sociales ha provocado cierto malestar entre sus cultores,² entre otros motivos porque parece socavar la unidad de fondo de las mismas, en realidad no constituye un problema en sí misma y por sí misma. Después de todo, el doble movimiento de especialización y de amalgama se da en todas las ciencias, y constituye una condición necesaria para su desarrollo.³ Para las ciencias sociales el problema radica más bien en el *modo peculiar y distintivo* en que ese doble movimiento se ha desarrollado en su seno. En efecto, mientras que en las ciencias naturales la pluralización se produce *grosso modo* dentro de los mismos marcos explicativos básicos, por enriquecimiento, afinación, correcciones y rectificaciones sucesivas, en el campo de las ciencias sociales *se pluralizan también los paradigmas y los marcos explicativos*.⁴ Y lo que es más, éstos se presentan no sólo como diferentes, sino también como excluyentes o alternativos. De aquí la dificultad para señalar una acumulación significativa de conocimientos en el campo referido.

Así, desde el momento mismo de su fundación como disciplina científica, la explicación en sociología ha oscilado entre dos polos aparentemente alternativos: por un lado la “razón experimental”, representada por la sociología objetivista de Durkheim, y por otro la “razón hermenéutica”, representada por la sociología comprensiva de Max Weber. Esta bifurcación inicial dio origen a la historia de la “disputa por el método” (*Methodenstreit*), introducida por el historicismo alemán, que posteriormente fue desbordada por la aparición de un espectro más amplio de paradigmas explicativos en competencia: por ejemplo, paradigmas funcionalistas, estructurales, sistémicos, dialécticos, racionales, etc. Esta variedad de paradigmas circulan entre todas las disciplinas, coexisten a veces dentro de una misma disciplina, y hasta se aplican a un mismo objeto de estudio en una misma disciplina.⁵

² Así, la reunificación de las ciencias sociales fue una de las preocupaciones básicas de la docena de científicos sociales que intervinieron en el famoso número “del milenio” de la *British Journal of Sociology*, editado por la London School of Economics (vol. 51, núm. 1, enero-marzo, 2000).

³ Para las “ciencias naturales” representa un proceso obvio. Así, por ejemplo, existen cada vez menos tratados generales de química o de biología. Lo que encontramos son disciplinas híbridas, como bioquímica, neurofisiología, neuroendocrinología, biología genética, y así por el estilo.

⁴ En otro trabajo (Giménez, 2003:23-38) hemos intentado tipologizar esta pluralidad bajo la rúbrica de “estilos epistemológicos”, siguiendo una propuesta de Sparti (1995). Pero debe tenerse en cuenta que se trata de una tipología pedagógicamente útil, y no de una herramienta analítica. Como veremos más adelante, la categoría de “programa de investigación” introducida por Berthelot permite trascender con ventaja cualquier tipología de este tipo.

⁵ Por ejemplo, la desviación y la delincuencia han sido estudiadas en sociología como disfunciones de un determinado modo de organización social (teoría durkheimiana del cri-

Justamente, esta pluralización de paradigmas que se presentan como alternativos y excluyentes resulta extremadamente inquietante, porque permite dudar de la validez y de la científicidad de los modelos explicativos utilizados en el ámbito de nuestras disciplinas. De aquí la doble pregunta que hoy se plantea con respecto al estatuto epistemológico de las ciencias sociales: 1) frente a la pluralización ya descrita, ¿es posible concebir algún principio de unidad, de convergencia o al menos de reducción de esa pluralidad?; ¿se puede afirmar que el enorme archipiélago de las ciencias sociales constituye “un solo país”?; ¿es posible construir una “cartografía” racional de ese archipiélago?; 2) y en caso de que todo esto fuera posible, ¿cómo se puede sustentar la validez científica del ámbito así ordenado?

La respuesta de Berthelot

Jean-Michel Berthelot busca una respuesta a estas dos series de cuestiones recurriendo, no a la filosofía de las ciencias (Popper, Nagel, Hempel), sino a la epistemología del post-positivismo representado por Kuhn (1971), Lakatos (1986) y Laudan (1987), quienes introducen tres operadores de diferenciación que, aplicados al campo de las ciencias sociales, permitirían reducir la diversidad de los enfoques, teorías, escuelas y corrientes:⁶ *paradigmas, programas y tradiciones de investigación*, respectivamente. Nuestro autor descarta el concepto de paradigma, por su carácter confuso e impreciso, y también por su virtual derivación relativista, y prefiere utilizar el concepto de

men); como comportamientos provocados por la situación social de ciertos individuos o grupos que han acumulado desventajas (*handicaps*) (padres divorciados, desempleo, estudios interrumpidos, etc.); como efectos de estigmatización, resultantes de la carga simbólica negativa de etiquetas aplicadas a los individuos; en fin, como comportamientos racionales de estimación de costos y beneficios asociados a la transgresión de normas en un determinado ámbito de actividades (Spartí, 1995).

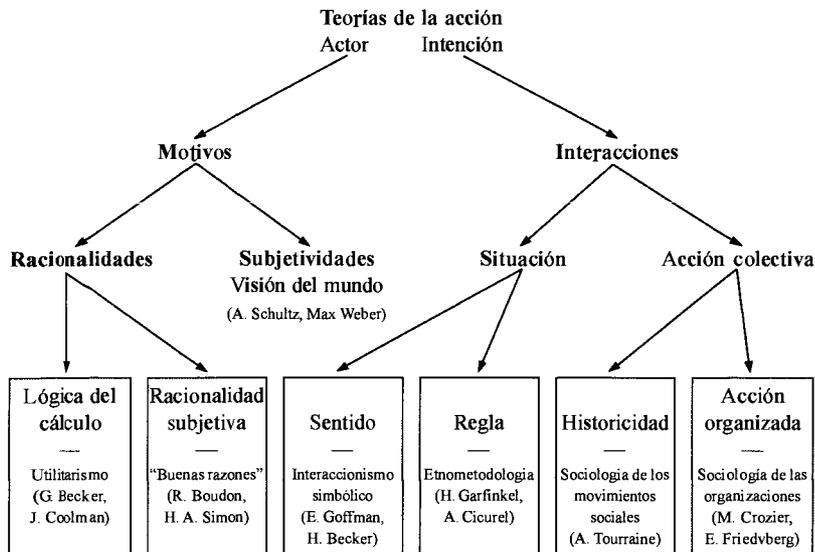
⁶ Berthelot ha estudiado la genealogía de las divisiones disciplinarias, tomando como ejemplo la historia de la formación de cuatro disciplinas: la sociología, la antropología, la demografía y la psicología social. Sus conclusiones a este respecto pueden resumirse así: las divisiones disciplinarias no resultan de una segmentación “natural” de los hechos sociales, ni de un plan racional de división del trabajo para el conocimiento de los hechos sociales. Son herederas y productos de una historia: de ideas, de producción social de saberes y de construcción de dispositivos prácticos de conocimiento. El desarrollo histórico de las disciplinas sociales ha estado condicionado por tres contextos: un contexto pragmático relacionado con intereses prácticos; un contexto metodológico/programático relacionado con la elaboración progresiva de procedimientos técnicos y esquemas de pensamiento; y un contexto normativo constituido por el conjunto de debates que acompañan siempre el desarrollo de una disciplina (Berthelot, 2001:206-207).

“programa de investigación” de Lakatos (1986), mucho más desarrollado en términos lógicos y epistemológicos que el de “tradiciones de investigación” de Laudan.

Los programas son orientaciones racionales de conocimiento definidas por cierto número de axiomas (implícitos o explícitos) que precisan las modalidades de construcción, análisis y explicación de un objeto de investigación. El interés de este concepto radica en que, como lo sugiere el término “programa”, introduce el factor tiempo en el proceso de construcción de teorías o cadenas de teorías, lo que permite superar el “corte” atemporal de la falsificación popperiana y obliga a considerar las teorías, no en su forma proposicional en un momento dado, sino en su dinámica de construcción y de rectificaciones sucesivas. Como se puede observar en la historia de las ciencias, un “programa de investigación” es una especie de proyecto científico a largo plazo que no se preocupa por las “anomalías” que inicialmente parecen contradecirlo o falsificarlo. En consecuencia, el criterio de demarcación entre ciencia y no-ciencia no radica, según Lakatos, en la “falsabilidad” de las proposiciones teóricas, como postula Popper, sino en la presencia o ausencia de programas racionales de investigación. La validez de estos programas se mide por su coherencia interna, por su capacidad de ir descartando progresivamente las “anomalías” que parecen falsificarlos y por su capacidad de dilucidación racional de fenómenos nuevos o en espera. Mientras la balanza se inclina a favor de problemas resueltos, el programa se considera válido y fecundo. En cambio, cuando las “anomalías” y las “hipótesis *ad hoc*” se multiplican y van predominando, el programa se diluye y desaparece por sí mismo, sin necesidad de ser refutado desde el exterior. En resumen, los programas se mantienen activos en una disciplina mientras dure su capacidad heurística, es decir, su poder de estimulación y de invención.

Al aplicar el concepto analítico de “programa” al ámbito de las ciencias sociales, Berthelot se percata de que en muchos casos existen verdaderas familias de programas lógicamente unificadas por un punto de partida o postulado inicial común. Así, por ejemplo, las teorías de la acción (*rational choice*, individualismo metodológico, interaccionismo simbólico, etnometodología, sociología de los movimientos sociales y sociología de las organizaciones) comparten en conjunto un presupuesto común: la intencionalidad de la acción, es decir, la idea weberiana del “comportamiento dotado de un sentido subjetivo”. Este presupuesto o postulado inicial es lo que Berthelot denomina “esquema explicativo básico”. En consecuencia, la diversidad de las teorías, enfoques, escuelas y corrientes en las ciencias sociales puede reducirse a un número limitado de programas de investigación, y éstos, a su vez, a un número aún más limitado de esquemas explicativos básicos.

Esquema 2



Ateniéndose a los resultados de su investigación, Berthelot (1990:43) sostiene que el estudio de las grandes corrientes en las ciencias sociales permite detectar no más de seis esquemas explicativos básicos:

- El esquema *causal* (si x , entonces y ; o $y = f(X)$): explica un fenómeno (incremento de divorcios, desempleo...) relacionándolo con otros factores. Consiste en buscar correlaciones entre variables para aislar los factores explicativos. Por ejemplo, Durkheim trata de relacionar la frecuencia de los suicidios con otras variables como la pertenencia religiosa o la situación familiar.
- El esquema *funcional* ($S \rightarrow Y \rightarrow S$): estudia la función de un fenómeno dentro de un sistema dado. Para Malinowski, por ejemplo, los ritos religiosos (bautismo, comunión) tienen una función de integración social.
- El esquema *estructural* (donde X resulta de un sistema fundado, como la lengua, sobre reglas disyuntivas de tipo A o $no A$) fue utilizado inicialmente por Lévi-Strauss en antropología y se propone revelar las estructuras profundas de la economía y de las relaciones sociales.
- El esquema *hermenéutico*, donde X se asume como *síntoma* o expresión de un significado subyacente que debe descubrirse mediante la interpre-

tación. Se aplica sobre todo a hechos simbólicos, como la cultura (Clifford Geertz). Para Freud, por ejemplo, los actos fallidos y los sueños son reveladores de pulsiones inconscientes y reprimidas.

- El esquema *actancial*, donde *X* es la resultante, dentro de un espacio determinado, de acciones intencionales. Este esquema se utiliza frecuentemente en historia y en ciencias políticas. Permite explicar un acontecimiento atribuyéndolo a las decisiones de personajes estratégicos (Napoleón y el bloqueo de Inglaterra, Lenin y el comunismo de guerra, etcétera).
- El esquema *dialéctico*, donde *X* es la resultante necesaria del desarrollo de las contradicciones internas de un sistema. Es el esquema básico utilizado por el marxismo, pero no sólo por él. Jean Piaget explica el desarrollo de la inteligencia como resultado de una doble lógica de confrontación entre los “esquemas mentales” y las coerciones de la realidad.

Estos esquemas, generalmente combinados según sus afinidades electivas, circulan por todas las disciplinas, pueden estar presentes en cada una de ellas y a veces se aplican a un mismo objeto de estudio en un mismo autor. De aquí la sensación frecuente de que cuando pasamos de una disciplina a otra no atravesamos ningún umbral o frontera real.

De este modo, Berthelot cree haber alcanzado los dos grandes objetivos que se había propuesto frente a la pluralidad de las disciplinas sociales: 1) construir una cartografía racional de esa pluralidad reduciéndola a un número limitado de “programas de investigación” y de esquemas explicativos básicos; 2) sustentar la cientificidad de las ciencias sociales por la simple presencia de “programas racionales de conocimiento”, ya que éste es el único criterio de demarcación entre ciencia y no ciencia. No importan el número y la variedad de estos programas dedicados al estudio de los fenómenos sociales. Todos tienen derecho a la coexistencia pacífica, y el debate científico consiste precisamente en la competencia entre los mismos. Además, no son necesariamente contradictorios entre sí, y ninguno de ellos, tomados separadamente, puede agotar la explicación de la sociedad. Lo que excluye de entrada toda pretensión de hegemonía.⁷

⁷ El “mapa racional” de las ciencias sociales presentado por Berthelot (2001:497-498) es un poco más complicado. En efecto, por un lado distingue entre teoría y programa, aunque éste incluye a la primera, y por otro afirma que la diversidad de los esquemas explicativos tiende a ser reagrupada por tres polos que reclaman la hegemonía, aunque sin ningún sustento racional: el polo naturalista, el intencionalista y el simbolista. He aquí la definición de los términos:

Teoría: conjunto conceptual o proposicional destinado a explicar un ámbito determinado de fenómenos.

La respuesta de Passeron

Jean-Claude Passeron no busca un principio de unidad o de reducción en el ámbito de las teorías, sino en el objeto mismo de estudio de las ciencias sociales. Su tesis central puede formularse del siguiente modo: a pesar de su diversidad, los hechos sociales que constituyen el objeto propio de las ciencias sociales comparten una característica común que los distingue radicalmente de los fenómenos empíricos estudiados por las ciencias naturales: *no pueden disociarse nunca de un determinado contexto espacio-temporal*. Es lo que el propio autor denomina “propiedad deíctica” de los fenómenos sociales, es decir, su referencia obligada a circunstancias de tiempo y de lugar.⁸ El contexto puede ser de mayor o menor amplitud (micro-contextos, áreas de civilización, periodos históricos...), pero siempre estará presente implícita o explícitamente en cualquier teorización o descripción de los fenómenos histórico-sociales. No se trata de una situación provisoria destinada a ser superada una vez que las ciencias sociales adquieran un mayor grado de desarrollo, como suele decirse, sino de un régimen conceptual ligado a la forma de presentación de los fenómenos sociales.

El objeto, así contextualmente definido, comporta una característica peculiar: la complejidad cuantitativa y cualitativa. La complejidad cuantitativa significa que el número de variables que describen a un hecho social o las relaciones entre diferentes hechos sociales, es inagotable y, por lo mismo, difícilmente controlable. La complejidad cualitativa, en cambio, se refiere a la variedad de sentidos o de valores que esas mismas variables adquieren para los sujetos y los grupos sociales en diferentes contextos (Fasanella, 1999:89).⁹

Programa: orientación de análisis y de investigación inscrita en un cuerpo definido de axiomas o postulados, y susceptible de ser aplicada a ámbitos muy diversos de realidad considerados como homólogos.

Esquema: matriz de operaciones común a diversos programas.

Polo: reagrupación de diferentes programas y teorías en torno a compromisos ontológicos comunes o congruentes.

⁸ El término “deíctico” se aplica a elementos lingüísticos que se refieren a la instancia de la enunciación y a sus coordenadas espacio-temporales: yo-tú-aquí-ahora.

⁹ “La raíz de la complejidad cualitativa consiste, entonces, en el relativismo histórico, por un lado, y socio-cultural, por otro, propio del objeto de estudio de la sociología. Lo cual significa que fenómenos formalmente semejantes e incluso idénticos, pueden resultar muy diferentes en función del valor —diría Homans— o, si se prefiere, del significado que les confiere el contexto histórico y cultural en el que esos mismos fenómenos se inscriben; contexto histórico que, por otra parte, define también el ámbito temporal y espacial de la investigación científica. Así, si queremos estudiar transnacionalmente el comportamiento de las huelgas en Italia y en Japón según una perspectiva de generalización, buscando conexiones regulares

Esta doble complejidad inherente a los fenómenos sociales contextualizados nos permite entender la obligada multiplicidad de paradigmas o de “programas de investigación” en las ciencias sociales, ya que, como veremos de inmediato, la realidad social es inabarcable desde una sola perspectiva teórico-metodológica.

Pero volvamos a Passeron. La primera conclusión que este autor extrae del carácter contextualmente situado del objeto de las ciencias sociales es la de que éstas se inscriben en el campo de las ciencias históricas.¹⁰ Es decir, las ciencias sociales y la historia pertenecen al mismo campo epistemológico, porque en última instancia manejan el mismo tipo de materiales de observación.

Passeron deriva de su tesis central una serie de consecuencias que conciernen a las teorías sociales, a su vocabulario, a su modo de argumentación y al régimen de la prueba.

En lo que respecta a las teorías, hay que considerar dos consecuencias:

- 1) No puede existir una sola teoría general de la sociedad, ya que, debido a su complejidad cuantitativa y cualitativa, ésta resulta inabarcable desde una sola perspectiva teórico-metodológica. Con otras palabras, la pluralidad de paradigmas, esquemas y programas es connatural a las ciencias

entre el fenómeno ‘huelga’ y otras variables que describen el comportamiento de otros fenómenos, deberíamos preguntarnos si el fenómeno de las huelgas adquiere la misma valencia cultural entre nosotros y en Japón, considerando, por ejemplo, la peculiar cultura del trabajo y de las relaciones sindicales operante en ese país” (Fasanella, 1999:90).

¹⁰ A este respecto hay plena coincidencia con Pierre Bourdieu, quien afirma contundentemente: “La separación entre sociología e historia me parece desastrosa y desprovista de toda justificación epistemológica: toda sociología debe ser histórica y toda historia sociológica” (1992:67). Además, para Bourdieu, en las sociedades modernas altamente diferenciadas, el “contexto” espacio/temporal se identifica con el “campo” dentro del cual se sitúan obligadamente los hechos sociales: “No podemos captar la dinámica de un campo más que a través de un análisis sincrónico de su estructura y, simultáneamente, no podemos captar esta estructura sin un análisis histórico o genético de su constitución...” (1992:67). De aquí se infiere que Bourdieu también defiende, al igual que Passeron, la especificidad epistemológica de las ciencias sociales en relación con las “ciencias naturales”, lo cual parece contradecir su posición anterior en *Le Métier du sociologue* (1972:18-19), donde parecía negar esa especificidad. Pero en su último curso en el Colegio de Francia, publicado bajo el título: *Science de la science et réflexivité* (2001), el propio autor explica el porqué de su anterior negación: “Al plantear el problema del conocimiento como lo he hecho, no he dejado de pensar en las ciencias sociales, cuya particularidad se me ocurrió negar en el pasado, no por una especie de cientismo positivista, como podría creerse o aparentar creer, sino porque la exaltación de la singularidad de las ciencias sociales frecuentemente no es más que una manera de decretar la imposibilidad de comprender científicamente su objeto. [...] Contra esta resistencia multiforme a las ciencias sociales, *Le Métier du sociologue* afirmaba que las ciencias sociales son tan ciencias como las demás...” (2001:167-168).

sociales. Por eso decía Max Weber que se puede escribir la historia desde perspectivas muy diferentes, pero igualmente válidas.¹¹

- 2) Las teorías sociales no pueden enunciar leyes generales transhistóricas en términos de proposiciones estrictamente universales, es decir, bajo cláusulas como ésta: “para toda sociedad conocida del pasado o del presente, y para toda sociedad futura, es verdad que...”. En el campo de las ciencias sociales, las generalizaciones, casi siempre resultantes de la comparación de contextos bajo algún aspecto comparables (Mahoney y Rueschemeyer, 2003), sólo pueden ser relativas, tendenciales y estadísticamente probables.¹² Esta particularidad lógica de las teorías sociales descarta la posibilidad de aplicar la “contrastación” popperiana como criterio de validez empírica, así como también la de predecir el curso de los acontecimientos.
- 3) En cuanto al vocabulario, ya Popper (1973:60 y ss) había señalado que la aplicación de un sistema espacio-temporal de coordenadas comporta siempre una referencia a nombres individuales. Por eso dice Passeron que en las ciencias sociales los conceptos, además de ser en su mayor parte tipológicos, son también, o nombres comunes imperfectos, o semi-nombres propios, ya que frecuentemente remiten implícita o explícitamente a determinados individuos históricos. Piénsese, por ejemplo, en conceptos como feudalismo, fascismo, clases sociales, carisma, Iglesia/secta, populismo, monaquismo, ascetismo, etcétera.
- 4) En lo que se refiere al modo de argumentar, Passeron sostiene que en las ciencias sociales sólo se puede utilizar la argumentación natural. En efecto, la argumentación en sociología no sería más que un caso especial de la argumentación en las ciencias históricas. Ahora bien, en este tipo de ciencias no se puede emplear un lenguaje total o parcialmente formalizado que permita el cálculo proposicional a la manera de los lógicos. De aquí se infiere también la imposibilidad de recurrir a la metodología

¹¹ En su polémica con Hayden White, el historiador Momigliano decía que “toda historia supone la eliminación de otras historias alternativas”.

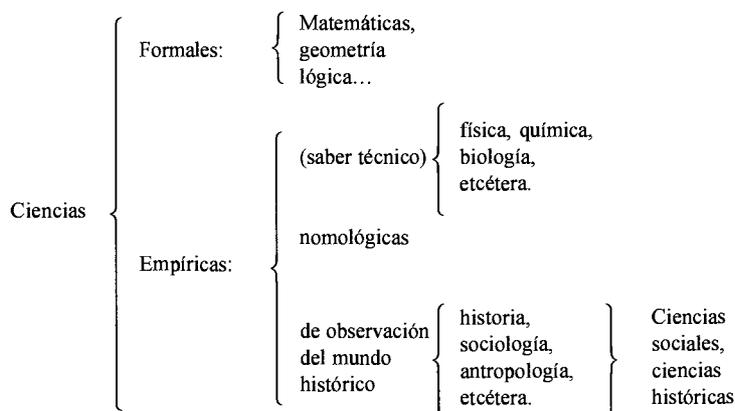
¹² Se puede expresar esto mismo diciendo que los enunciados histórico-sociológicos sólo pueden tener “validez local”. Philippe de Lara (1999:127) ilustra esta particularidad lógica del siguiente modo: “La noción de validez local quiere decir que, por ejemplo, una explicación válida del desencadenamiento de la Primera Guerra mundial, por más amplia y sólida que sea, nunca podrá ser ‘exhaustiva’ ni podrá proporcionar una *ley* acerca del desencadenamiento de las guerras en general, y ni siquiera una ley acerca del desencadenamiento de las guerras modernas, europeas, etc., y que esto no impedirá que dicha explicación sea verdadera. Ser verdadero o falso para un contexto determinado no quiere decir más o menos verdadero o no totalmente falso”.

de los modelos, como hace la econometría y la teoría de los juegos. Las ciencias sociales son “ciencias de encuesta” y no “ciencias de modelos”, dicen Gérard-Varet y Passeron (1995:15).

- 5) Por último, la propiedad deíctica de los hechos sociales también entraña consecuencias importantes para el régimen de la prueba, es decir, de la validación empírica. En efecto, si en las ciencias sociales no podemos recurrir a la inducción empírica, ni a la verificación experimental, ni a la contrastación popperiana en sentido estricto, sólo nos queda la *prueba por la ejemplificación*. Pero esto no quiere decir que basta con amontonar constataciones empíricas amorfas y dispersas, de valor probatorio nulo. Se trata aquí de ejemplificaciones sistemáticas y programadas, bajo elevados estándares de protocolarización (lo cual implica métodos rigurosos de recolección, construcción y tratamiento de datos).

Uno de los hechos más sorprendentes en la revisión contemporánea de la epistemología de las ciencias sociales ha sido, precisamente, la revalorización de los estudios de caso y, en consecuencia, de los trabajos de campo, tan devaluados por la concepción positivista-nomológica de la ciencia, que sólo reconoce como científicas las investigaciones basadas en amplios muestreos de poblaciones de gran tamaño. No es casual que el connotado epistemólogo escandinavo Bent Flyvbjerg haya dedicado un capítulo especial al “poder del ejemplo” en su estimulante libro *Making Social Science Matter* (2001:66-87), que en gran parte converge con las posiciones de Passeron.

Clasificación de las ciencias



De este modo Passeron desemboca en un fuerte dualismo epistemológico que no pasa por la dicotomía explicación/interpretación, característica del primer debate sobre el método (*Methodenstreit*), sino por la dicotomía entre ciencias nomológicas, por un lado, indiferentes a todo contexto espacio-temporal, y ciencias históricas, por otro, en las que el contexto es determinante. Por lo tanto se descarta la epistemología monista según la cual el único modelo válido de ciencia sería el monológico-predictivo. Tratándose de hechos sociales, impregnados siempre de valores e intereses y penetrados por el poder, el conocimiento contextual no sólo es igualmente válido como ciencia, sino también es el único conocimiento posible.¹³

Conclusiones

A nuestro modo de ver, los planteamientos epistemológicos de Berthelot y de Passeron, lejos de ser incompatibles o excluyentes, se complementan admirablemente. Ambos ofrecen una respuesta a la pluralización de los paradigmas en las ciencias sociales y a la incertidumbre sobre su cientificidad.

Asumiendo la perspectiva del objeto, Passeron define la unidad de las ciencias sociales por la necesaria inscripción de su objeto de estudio dentro de coordenadas de tiempo y espacio. De acuerdo con esta posición, las ciencias sociales abordan siempre su objeto, implícita o explícitamente, desde una perspectiva geo-histórica.

Asumiendo la perspectiva del sujeto, es decir, de los científicos que elaboran teorías y dispositivos metodológicos para aprehender y explicar su objeto de estudio, Berthelot encuentra un principio de reducción de la pluralidad en los “programas” definidos a la manera de Lakatos (1986). De acuerdo a esta posición, la enorme pluralidad de perspectivas y corrientes en las ciencias sociales pueden reducirse a un número limitado de programas, y éstos, a su vez, a no más de media docena de esquemas explicativos básicos. Para este mismo autor, la simple presencia de programas racionales de conocimiento en operación garantiza la cientificidad de las disciplinas sociales, ya que según Lakatos, no existe otro criterio de demarcación entre ciencia y no-cien-

¹³ La cientificidad de las ciencias históricas —y particularmente de la sociología histórica— ha sido cuestionada no sólo por los que sostienen que el modelo positivista de ciencia es el único válido (monismo epistemológico), sino también por la epistemología postmoderna según la cual los “hechos” histórico-sociales son una pura construcción discursivo-literaria, es decir, una fábula carente de todo referente real. En un trabajo reciente, Joseph M. Bryant (2000) ha asumido, de modo brillante y convincente, la defensa del estatuto científico de las ciencias históricas frente a estos cuestionamientos.

cia. Y el debate científico consiste precisamente en la competencia entre programas en función de su mayor o menor grado de coherencia racional, fecundidad y capacidad heurística. Por eso Berthelot puede afirmar que su epistemología es “monista, pero plural”, en razón de la pluralidad de programas en el campo de las ciencias sociales.

Pero Passeron aporta una corrección capital a esta epistemología de los programas: cualesquiera que éstos sean, en las ciencias sociales no pueden menos que endosar las consecuencias lógicas derivadas de su radical historicidad y espacialidad en el plano de la teoría, de los conceptos, de la argumentación y de la validación empírica. Así, debido a su complejidad cuantitativa y cualitativa, el objeto de estudio de las ciencias sociales exige por su propia naturaleza —y no por debilidad o por insuficiente desarrollo— una pluralidad de perspectivas y de programas de investigación; y debido a su carácter contextual, ese mismo objeto excluye las teorías y conceptos formulados en términos estrictamente universales, y sólo admite la ejemplificación sistemática y programada como régimen de prueba.

Esto quiere decir que las propiedades défticas del objeto de estudio de las ciencias sociales imponen cierto número de restricciones a los “programas” de Berthelot, restricciones que funcionan como cláusulas de excepción. En consecuencia, la epistemología de Passeron es claramente dualista, no en el sentido de la vieja disputa historicista por el método que distinguía entre explicación e interpretación, sino en el sentido de que postula una distinción radical, *en razón de su objeto*, entre ciencias nomológicas predictivas y ciencias históricas.

Podríamos concluir entonces que la epistemología de las ciencias sociales es simultáneamente dualista y monista-pluralista, según la perspectiva que se adopte. En todo caso, las propuestas respectivas de Berthelot y de Passeron no son excluyentes sino complementarias, y constituyen hoy por hoy la mejor contribución para dilucidar el estatuto epistemológico de las ciencias sociales, y de rebote, nuestra propia identidad académica y profesional como científicos sociales. Podríamos decir, para terminar, que pese a la diversidad de nuestras disciplinas y especialidades, todos somos, en última instancia, “trabajadores del contexto”.

Recibido: noviembre, 2003

Revisado: febrero, 2004

Correspondencia: Instituto de Investigaciones Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México/Circuito Mario de la Cueva/Ciudad Universitaria/C. P. 04510/tel. 56 22 74 00/correo electrónico: gilberto@servidor.unam.mx

Bibliografía

- AA. VV. (1994), "Le territoire du sociologue", *Le Débat*, núm. 79, marzo-abril, pp. 91-133.
- Berthelot, Jean-Michel (ed.) (2001), *Épistémologie des sciences sociales*, París, PUF.
- (ed.) (2000), *Sociologie. Épistémologie d'une discipline*, Bruselas, Éditions De Boeck Université.
- (1990), *L'Intelligence du social*, París, PUF.
- Bourdieu, Pierre (2001), *Science de la science et réflexivité*, París, Raisons d'Agir Éditions.
- y Loïc J. D. Wacquant (1992), *Réponses*, París, Seuil.
- , Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron (1972), *Le Métier du sociologue*, París, Mouton.
- Bryant, Joseph (2000), "On Sources and Narratives in Historical Social Science: A Realist Critique of Positivist and Postmodernist Epistemologies", *British Journal of Sociology*, vol. 51, núm. 3, septiembre, pp. 489-523.
- De Lara, Philippe (1999), "Entre malentendus sociologiques et impensé politique", *Le Débat*, núm. 103, enero-febrero, pp. 112-129.
- Dogan, Mattei (2000), "The Moving Frontier of the Social Sciences", en Stella R. Quah y Arnaud Sales, *The International Handbook of Sociology*, Londres, Sage Publications, pp. 349-385.
- y Robert Phare (1991), *L'Innovation dans les sciences sociales*, París, PUF. (Hay traducción española en editorial Grijalbo).
- Fasanella, Antonio (1999), "La generalizzazione in sociologia", en Paolo de Nardis (ed.), *Le nuove frontiere della sociologia*, Roma, Carocci, pp. 79-106.
- Flyvbjerg, Bent (2001), *Making Social Science Matter*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gérard-Varet, Louis-André y Jean-Claude Passeron (eds.) (1995), *Le Modèle et l'enquête*, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Giménez, Gilberto (2003), "Límites del conocimiento y convergencia de las disciplinas en el campo de las ciencias sociales", en Judith Bokser M. Liwerant (coord.), *Las ciencias sociales, universidad y sociedad*, México, UNAM, pp. 23-38.
- Khun, Thomas S. (1971), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lakatos, Imre (1986), *The Methodology of Scientific Research Programmes*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Laudan, L. (1987), *La dynamique de la science*, Bruselas, Pierre Mardaga.
- Mahoney, James y Dietrich Rueschemeyer (eds.) (2003), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Passeron, Jean-Claude (2002), "Le raisonnement sociologique: la preuve et le contexte", en Yves Michaud (ed.), *L'histoire, la sociologie et l'anthropologie*, París, Odile Jacob, pp. 21-39.
- (1994), "De la pluralité théorique en sociologie. Théorie de la connaissance

- sociologique et théories sociologiques”, *Revue Européenne de Sciences Sociales*, t. XXXII, núm 99, pp. 80-94.
- (1991), *Le raisonnement sociologique*, Paris, Nathan.
- Popper, Karl (1973), *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Tecnos.
- Sparti, Davide (1995), *Epistemologia delle scienze sociali*, Roma, La Nuova Italia Scientifica.
-